



CONCURSO LITERARIO DERECHOS HUMANOS

dirigido a estudiantes de Educación Secundaria Obligatoria y Bachillerato

RELATOS GANADORES 2022 Y 2023



GOBIERNO DEL
PRINCIPADO DE ASTURIAS





RELATOS GANADORES 2022

LA TABLETA DE CHOCOLATE

CATEGORÍA A. PRIMER PREMIO: AARÓN MARTÍNEZ PEÑA. IES ISLA DE LA DEVA. PIEDRAS BLANCAS.

2

HALA SE VISTE DE MODERNA

CATEGORÍA A. SEGUNDO PREMIO: GABRIEL ORREGO FERNÁNDEZ. COLEGIO MARISTA AUSEVA. OVIEDO.

3

EL TRASNO NUN DEIXA FER XUNTA

CATEGORÍA A. TERCER PREMIO: INÉS DÍEZ DE LA LASTRA FERNÁNDEZ. IES REAL INSTITUTO JOVELLANOS. GIJÓN

5

¿QUÉ YE LO QU' ANHELU?

CATEGORÍA B. PRIMER PREMIO : CANDELA FERNÁNDEZ SOLÍS. IES RAMÓN ARECES. GRADO.

6

DESDE MI HUMILDE PUESTO DE PERIÓDICOS

CATEGORÍA B. SEGUNDO PREMIO: ISABEL LÓPEZ RIESTRA. IES EMILIO ALARCOS. GIJÓN.

7

PEDALEA

CATEGORÍA B. TERCER PREMIO: LAURA IGLESIAS FOLJACO. IES ESCULTOR JUAN DE VILLANUEVA. SIERO.

9

EN LLAMAS

CATEGORÍA C. PRIMER PREMIO: IRENE GÓMEZ FERNÁNDEZ. COLEGIO DULCE NOMBRE DE JESÚS. OVIEDO.

10

DE VUELTA A LOS ORÍGENES

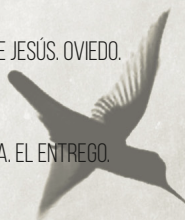
CATEGORÍA C. SEGUNDO PREMIO: MARTA AGÜERIA BLANCO. IES VIRGEN DE COVADONGA. EL ENTREGO.

13

DEVA EN EL CAMINO

CATEGORÍA C. TERCER PREMIO: JIMENA MERINO HERÍAS. COLEGIO DULCE NOMBRE DE JESÚS. OVIEDO.

16



Derecho a tus propias posesiones: Todo el mundo tiene derecho a tener sus propias cosas o compartirlas. Nadie debería tomar nuestras cosas sin una buena razón.

LA TABLETA DE CHOCOLATE

Una señora que debía viajar a una ciudad cercana llegó a la estación de tren, donde le informaron que este se retrasaría aproximadamente una hora. Molesta, la señora compró una revista, una tableta de chocolate y una botella de agua. Buscó un banco y se sentó a esperar.

Mientras ojeaba la revista, un joven se sentó a su lado y comenzó a leer el periódico. Sin decir una sola palabra, estiró la mano, tomó el chocolate, lo abrió y comenzó a comer. La señora se molestó; no quería ser grosera pero tampoco permitiría que un extraño se comiera su comida. Así que, con un gesto exagerado, tomó la tableta, sacó una onza y se la comió mirando al joven con enojo. El joven, tranquilo, respondió tomando otra onza, y sonriéndole a la señora, se la comió. La señora no podía creerlo. Furiosa, tomó otra onza más, y con visibles muestras de enojo, se la comió mirándolo fijamente.

La actuación de miradas de fastidio y sonrisas continuó entre onza y onza. La señora estaba cada vez más irritada y el joven cada vez más sonriente. Finalmente, ella notó que solo quedaba una sola onza. Con paciencia, el joven tomó el chocolate que quedaba y lo partió en dos. Con un gesto amable, le dio la mitad a su compañera de almuerzo.

¡Gracias! – respondió, arrebatándole el pedazo de chocolate al joven.

Finalmente, el tren llegó a la estación. La señora se levantó furiosa y subió al vagón. Desde la ventana, vio que el joven continuaba sentado en el andén y pensó “Qué insolente y maleducado. ¡Qué será de nuestro mundo a cargo de esta generación tan grosera!

De pronto sintió mucha sed por el disgusto. Abrió su bolso para sacar la botella de agua y se quedó estupefacta cuando encontró allí su tableta de chocolate! Apenada, la señora quiso regresar para pedirle disculpas, pero el tren ya había partido.

CATEGORÍA A

PRIMER PREMIO: AARÓN MARTÍNEZ PEÑA. IES ISLA DE LA DEVA. PIEDRAS BLANCAS.

HALA SE VISTE MODERNA

Aquel año fue especialmente frío, los científicos venían avisando de ello hace muchos años. Lo cierto es que nunca hicimos demasiado caso porque en mi pueblo lo que sobra es calor. Me llamo Hala y tengo 12 años, vivo con mi madre y mi hermano mayor Ahmad. Nunca entendí por qué en mi país las mujeres vamos tan tapadas, resulta muy incómodo y pasamos mucha calor, mi mamá dice que es la tradición y que hay que obedecer a los hombres, pero yo creo que a ella tampoco le hace mucha gracia. A mi me gustaría vestir como mi hermano, con pantalones de deporte para poder jugar al fútbol, y no con este aparatoso vestido negro que no me deja ver ni el balón ni la portería y además es imposible jugar bien con él.

Como os contaba, aquel invierno fue especialmente crudo, la gente no estaba preparada para soportarlo, escaseaban los radiadores, la ropa de abrigo y, lo peor de todo, no había existencias de estos productos en las tiendas, según decían los mayores, los extranjeros se negaban a venderlos porque no querían relaciones comerciales con un país que se saltaba los Derechos Humanos, creo que lo llamaban boicot.

El caso es que los niños tiritaban de frío y los más viejos castañeaban los dientes. Sus finos ropajes y los pantalones cortos no ayudaban a soportar las bajas temperaturas. Se estaban congelando.

Un día mientras Ahmad se calentaba sus frías rodillas bajo el enorme vestido de mamá, se me ocurrió que, si todas las mujeres y niñas usáramos parte de nuestras ropas para confeccionar prendas a los hombres, éstos podrían pasar un invierno mejor. Yo fui la primera en cortar mi burka para hacer unos bonitos pantalones a Ahmad. La idea gustó tanto que todas las mamás del barrio hicieron lo mismo con sus hijos, maridos y abuelos. Como si de una epidemia de generosidad se tratara, todos los hombres pudieron abrigarse y soportar mejor las bajas temperaturas. Las mujeres de mi país habíamos perdido nuestro tradicional burka, ahora nuestra vestimenta había quedado muy cortita y mona. Ya no tenía capucha y se nos podía ver la cara y la sonrisa. Pero lo más importante fue que, desde aquel invierno pudimos vestir como quisimos, porque ningún nombre se atrevió a obligarnos a poner aquel horrible vestido.

Ahora soy mucho más feliz porque puedo jugar al fútbol con mi hermano Ahmad y sus amigos y además en las tiendas ya venden radiadores y abrigos de todos los rincones del mundo.

Derecho numero 2

Todas las personas somos iguales.

Derechos numero 18

Todos tenemos derecho a pensar lo que queramos.

Derecho numero 20

Todo individuo tiene derecho a libertad de opinión y expresión.

CATEGORÍA A

SEGUNDO PREMIO: GABRIEL ORREGO FERNÁNDEZ. COLEGIO MARISTA AUSEVA, OVIEDO.

EL TRASNO NUN DEIXA FER XUNTA

Dende fía muitos anos nel caseirío de Miguil vivía un trasno mui perico qu' andaba de casa en casa buscando graos de meiz cos que xugaba y s'entretenía día a día.

Os que vivían allí taban chíos de que yes roubase as panoyas de meiz pa tirallas y deixar todos os graos estragayaos pollo tarrén, pos xa nun fora a primeira vez que dequén esnidiara y cayera estrapallao.

Un día nel que el trasno viaxara al monte p'atoparse col Busgoso todos os vecíos fixeron xunta y puxéronse a discutir y exponer a súa opinión sobre as trasnadas que taban sufrindo. A Xunta duróu varias horas y todos deron el sou punto de vista hasta que chegaron a conclusión de que lo mayor era ferye úa "trasnada al trasno" y asina lo fixeron, coyeron un bon fardel, enchéronlo de meiz y dentro botáronye us contos ratos y pecharon cua corda a fardelada.

Entre os vecíos máis fortes meteron "el fardelao" na caxa del reló unde dormía el trasno y esperaron a que chegase a noite y se fose a dormir.

Despós del viaxe chegou reventao a casa de Miguil y foise a dormir. Namás meterse na caxa del reló viu el saco, abríulo y de sutaque saliron escorrentaos dez ou doce ratos mouros. El trasno, nun daba acougao, corría, saltaba, empericábase nos armarios...

Déuye tanto coraxe que pensóu en vengarse de todos ellos. Nunca máis iban a poder xuntarse nin falar entre ellos, asina prohibíayes el dereto a reunión y a poder falar entre ellos.

Os vecíos quedaron baxo as ordes del trasno, nadie podía salir das casas namáis que pa trabayar, que nun se yes ocurrixe falar con outro porque los castigaba a trabayos duros como trer carraos de lleña, fer carreiros pollo monte ou pañar sacaos de piñas y asina foi trescurriendo el tempo hasta qu'un día el vecín más rebezo decidiu ferye frente al trasno.

Foi casa por casa animando a todos a que salisen y nun tuvesen medo ningún a erguer a voz asina foi como todos xuntos devolveron a llibertá al llugar.

CATEGORÍA A

TERCER PREMIO: INÉS DÍEZ DE LA LASTRA FERNÁNDEZ. IES REAL INSTITUTO JOVELLANOS. GIJÓN

¿QUÉ YE LO QU' ANHELU?

Allí taba yo, apoyáu nuna barra viendo como les hores pasaben, viendo como los díes se facien más cortos y otra vez más llargos, viendo como me pasaben factura los años, pero siempre dende'l mesmu siti. Nun me quexo de la mio vida. Tengo un llugar onde dormir, la comida nunca falta y danme l'atención que necesito. Pero dientro de mi siento qu'hái dalgo que me falta, dalgo que necesito más que nada.

Siento que dalgo, güei, va a cambiar, tengo esa sensación de que dalgo va allegrame'l día, pero nun sé lo que será. Mientras toi perdíu nos mios pensamientos, escucho unes voces na otra habitación.

- ¿Qué faeremos con él? Nun podemos llevánoslu.
- Nun sé cariño, igual lo tendríamos que llevar a dalgún llugar once s'ocupen d'él.
- Que pase sus últimos años amargáu nun llugar así, n un quiero. Mio pá tenía-y munchu cariñu.
- Pues lo único que nos queda ye dexalu llibre.
- Si nun hai otro remedi... será lo meyor.

De sópitu, un home entró na habitación, garrí la xaula mariella na que taba tola mio vida. Abrióla, al entamu nun sabía muy bien qué facer, asína que quedéme quietu, pero al ver que nun la zarraban de nuevu opté por estirar les mios ales e intentar volar. Al principiu constóme un pocu pero llueu pilléy'l tranquilu y sentéme nel sofá, l'home abrió la ventana y yo alcé'l vuelu hacia'l cielo azul.

Les persones, somos como los páxaros, aunque les nueces necesidades básiques ten cubiertes, enxamás seremos felices si se nos priva de la nuestra llibertá.

CATEGORÍA B

PRIMER PREMIO : CANDELA FERNÁNDEZ SOLÍS. IES RAMÓN ARECES. GRADO.

DESDE MI HUMILDE PUESTO DE PERIÓDICOS

Otra mañana de frío y lluvia y, aquí estoy, vendiendo periódicos. Uno de los titulares me recuerda que, hoy 10 de diciembre, se cumplen más de cinco décadas desde que se proclamó la Declaración Universal de los Derechos humanos. Aun así, desde mi pequeño puesto de periódicos veo como esos derechos solo son unas simples y efímeras palabras escritas en un papel.

Cada mañana veo como Sara, una joven chica, va siempre asustada de un lugar a otro, tiene miedo de que él vuelva a hacerle daño y que la policía no le ayude de nuevo. Siempre que la veo con esa cara de pánico, no paro de pensar en esos derechos, donde uno de ellos habla sobre que, toda persona tiene derechos a la vida, a la libertad y a la seguridad. Esta chica se siente esclava de sus miedos. Esos miedos que le rondan el pensamiento constantemente; esta chica no se siente ni en su propia alma.

Por las tardes me fijo siempre en una mujer negra y en su pequeño hijo de seis años. El nombre de esta mujer es Khayla. Esta mujer me parece una de las personas más humildes y trabajadoras que conozco. Está constantemente estresada y preocupada. La veo con esa mirada perdida, esa mirada de desesperación. Por lo que sé, vino en patera con su hijo, una patera que fue a la vez cárcel y salvación. La policía no les quiso ayudar. Ahora, khayla trabaja más de doce horas a la semana solo para poder mantener su pequeño apartamento, sin la ayuda de nadie sin contrato, sin papeles. ¿Dónde habrá acabado ese derecho a la libre circulación? Es muy contradictorio, tienes derecho a moverte libremente, ya sea dentro de tu país o fuera de tu país; pero en realidad son personas acomodadas en su sillón quienes determinan sin un ser humano es legal o ilegal.

Hay tantas cosas que no comprendo en esta vida...

Ya son las siete de la tarde y el sol empieza a esconderse tras la colina, dejando ver la sombra de unos chicos y chicas. Esas sombras me son familiares, las veo a diario, día y noche en ese banco, en ese parque. Son jóvenes con toda la vida por delante, con todas las oportunidades que yo no tuve a su edad, que mucha gente ni tiene ni tendrá. Aún son jóvenes para darse de que son afortunados por tener la posibilidad de estudiar, de tener un futuro, de ser alguien... ojalá yo hubiera nacido en otro tiempo, sin tener que ponerme a trabajar con nueve años, sin tener que soportar la vergüenza de que mis hijos me enseñaran a leer y escribir.

Gracias a Dios que, hoy en día es un derecho, yo nunca tuve el derecho de ir al colegio. Cada día lo mismo. Trabajando en la papelería con mi padre para poder llevar a casa, aunque fuese, un pequeño trozo de pan.

Los chicos y chicas de hoy en día ya no valoran la educación. Si yo tuviera su edad sacaría dieces, me esforzaría al máximo. Así podría tener una formación básica y de trabajar de algo que me apasione. Podría haber sido aquello que soñé: cirujano, y salvaría muchas vidas, incluida la tuya, querido lector/a. los sueños siempre estarán ahí, aunque sean a la vera de Morfeo. Pero mi realidad es otra, como la de tantas personas.

En mi opinión, el derecho a la educación es uno de los más importantes.

Esta declaración de Derechos Humanos no deberían ser simples palabras escritas en un papel... deberían ser nuestra lucha diaria, la tuya, la mía, la de todos.

Deberíamos hacer arder todo aquello que los viole o los pisotee, deberíamos ser el impulso que necesita este mundo para ser mejor, para ser todo aquello que uno sueña cuando es niño.

Menos mal que, hoy 10 de diciembre, las portadas de mis periódicos me recuerdan la existencia de estos derechos, aunque no siempre se cumplen, están y estarán.

¿Seguiremos siendo incapaces de cumplirlos?

Toda persona, independientemente de la raza, nacionalidad, gustos, opiniones, religión, clase, discapacidad, género, sexualidad... tiene derecho a vivir y ser respetada. Tiene derecho a ser libre, a expresarse, a la educación, a la seguridad. Y eso tiene que ser así, siempre, pese a quien le pese y duela a quien le duela.

Y fueron felices...

Y cumplieron sus sueños... FIN

CATEGORÍA B

SEGUNDO PREMIO: ISABEL LÓPEZ RIESTRA. IES EMILIO ALARCOS. GUÍN.

PEDALEA

Pedalea. Más rápido. Ya no siento las rodillas, no sé si es por mover mis piernas tan rápido, por el temblor de estas o por los rasguños de haber estado jugando. Tengo los ojos rojos y las lágrimas me nublan la vista, me las intento secar con el jersey.

Me siento dolida, per aún más, confusa.

No es la primera vez que me dicen todas esas cosas, pero sigo sin entender por qué. ¿debería hacerles caso?

Sigo pedaleando.

¿por qué no puedo jugar a lo que me gusta? Quiero jugar con los demás niños, hacer carreras de bicis, escalar y mancharme las manos porque me he esforzado en una tarea.

Siguen acercándose esas personas mayores a decirme que yo no debo hacer eso, que me tengo que quedar en casa jugando con mis muñecas y aprendiendo a cocinar.

Pedalea, pedalea. Oblígate a pedalear y a olvidar. Deja todo esos comentarios atrás.

Me encantaría darles mi opinión, pero tengo miedo a cómo puedan reaccionar.

Mi cabeza da más vueltas que la cadena de mi bicicleta y solo quiero llegar a casa y sin preocuparme por quien pueda verme u oírme, llorar.

CATEGORÍA B

TERCER PREMIO: LAURA IGLESIAS FOLJACO. IES ESCULTOR JUAN DE VILLANUEVA. SIERO.

EN LLAMAS

Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona.

ARTÍCULO 3 DE LA DECLARACIÓN UNIVERSAL DE LOS DERECHOS HUMANOS.

I: La cerilla

Teherán era toda cenizas y fuego. Era el humo de los velos y la represión de la policía y los gritos de “mujer, vida, libertad”.

A mi alrededor, los caballos descubiertos de las mujeres estaban revueltos. A la luz de las llamas de los disturbios parecían halos dorados, como los de un ángel o una revelación. Algunas sujetaban unas tijeras con las que se cortaban el pelo, los mechones cayendo como las lágrimas de sus ojos. Otras sostenían pancartas de cartón y exigían justicia hasta que los disparos opacaban su voz.

La violencia, la sangre, el caos. Me invadió una sensación de nostalgia, una especie de recuerdo enfriando todo mi cuerpo, imágenes y sonidos ya vividos. Entonces me di cuenta.

No era la primera vez que mi vida era cenizas y fuego. Y tampoco era la primera vez que yo la veía arder.

II: La primera chispa

Mi hermana había sido el primer ser vivo (flores y bichos aparte) que yo había visto morir.

A Nasrin le gustaba recorrer las calles desiertas al mediodía, cuando los obreros abandonaban el trabajo y podía estar sola mientras soñaba despierta durante unos minutos, antes de apresurarse hacia nuestra casa. No podían ver a una chica correr de esa manera, con los mofletes colorados y el pelo asomando por el yihab, pegado en su cara por el sudor, sembrando a saber qué pensamientos en la mente débil de los hombres. Porque tenía que ser débil, pensaba Nasrin, si la simple imagen de una joven corriendo podía hacerles caer en el pecado y la deshonor. Ella llevaba años viéndolos sudorosos, forzando sus músculos, suspirando de agotamiento, y nunca había sentido ningún deseo impuro. Pero las mujeres no piensan así, o eso decía nuestra madre.

Yo siempre la esperaba al final de la calle para volver juntos a casa, para que nadie pudiera murmurar “mira esa muchacha, allí va sola”. aguardaba alerta como un soldado hasta que

Nasrin regresaba y continuábamos como si nada hubiera pasado, como si esos minutos de paz entre adoquines no existieran.

Al llegar a casa sólo se hablaba de sus planes de boda, pues un hombre se había fijado en ella. Era médico, de una familia honrada y pudiente, como nuestra madre se encargaba de enfatizar cada día en cada comida, cuando Nasrin, de diecisiete años, se quejaba de que su futuro marido tenía la misma edad que nuestro padre.

Muy en el fondo, ella sabía que era afortunada y hacía un gran esfuerzo por alegrarse, pero según pasaban los días y se hablaba con más frecuencia de su compromiso, sus sueños de estudiar en la universidad se desvanecían como el humo hasta reducirse a cenizas. Ella quería ser médico, no casarse con uno.

Todo esto me explicaba mi hermana mientras paseábamos por el mercado una mañana de primavera.

Estaba radiante. Los rayos de sol acariciaban su tez morena y su mirada azabache era tan tierna que te hacía sentir toda su bondad con cada parpadeo. Pero toda esa bondad y ternura se esfumaron en cuanto apareció la furgoneta.

De ella salieron dos mujeres con el pelo y el cuerpo cubiertos por el chador, acompañadas de cuatro hombres. Los seis caminaban con decisión, tenían claro su destino.

El bullicio que hasta entonces reinaba en la plaza enmudeció. Ya no se oían las voces de los mercaderes ni las risas de los niños, incluso los vehículos de una carretera cercana parecían guardar silencio. Cuando la policía de la moral irrumpía de esa manera sólo significaba una cosa.

Como acto instintivo, agarré a mi hermana de la muñeca y la ocluté detrás de mí. Ella se aseguró de llevar la ropa bien colocada, de recoger todos sus mechones sueltos bajo el yihab, de no enseñar más piel que la de su rostro y la de sus manos temblorosas. Pero Nasrin no era su objetivo.

No en ese momento.

El grupo se detuvo alrededor de una mujer con dos niños. Desde donde estábamos no pudimos oír la conversación, pero sí entendimos algo así como "llamativo". Me giré hacia ella y me fijé en que llevaba una camiseta tan colorida como el arcoíris. Ese era su delito: llamar la atención con sus colores.

El grupo trató de inmovilizarla para meterla en la furgoneta, pero la mujer se resistió.

— Delante de mis hijos no, por favor -sollozaba.

Entonces uno de los policías dio el primer golpe.

Y la plaza no calló más.

Ninguno de nosotros dudó en defender a aquella mujer y sus dos hijos. Cada puñetazo que arremetían contra ella era un escupitajo, un empujón, una patada contra los agentes. Nasrin y más mujeres corrieron a proteger a los niños, que lloraban ante el escándalo sin entender qué le estaban haciendo a su madre y porqué la policía no la protegía.

Fue en ese momento cuando sonaron los disparos.

Y de la frente de mi hermana brotó un arroyo de sangre.

III: El fuego

Desde entonces, Irán es todo cenizas y fuego. Es el humo de los velos y la represión de la policía y mis gritos de “justicia por Nasrin”.

A mi alrededor, los cabellos descubiertos de las mujeres están revueltos y sus ojos arden. Como las falsas brujas en la hoguera, como los libros en el Tercer Reich, como los velos que acaban de quemar. Arden con la misma fuerza de los balazos que mataron a mi hermana. Ellas cantan bailan y gritan y lloran.

Saben que más allá de las fronteras de este agrietado sistema, de este roto país, el mundo las escucha.

Y juntos luchamos.

Por las mujeres, por la vida y por la libertad.

CATEGORÍA C

PRIMER PREMIO: IRENE GÓMEZ FERNÁNDEZ. COLEGIO DULCE NOMBRE DE JESÚS. OVIEDO.

DE VUELTA A LOS ORÍGENES

Esta historia cuenta la historia de Malik y Asha, una pareja poco adinerada que vivía en África en unas condiciones terribles. A medida que pasaban los años, la situación iba empeorando llamado Masai, llegó un hombre muy poderoso del extranjero llamado James, quien tenía muchas tierras que le generaban mucha fortuna. Este se adueñó del pueblo obligando a todos sus habitantes a trabajar y cultivar bajo su mandato, todo para su uso personal.

Tras muchos años soportando diferentes torturas, desprecios y humillaciones, Malik se dio cuenta de que habían llegado a una situación totalmente insostenible.

Un día, mientras Asha estaba trabajando limpiando la amplia casa de James, Malik estaba con el resto de los hombres recolectando lo producido en la plantación de maíz de ese año y, de un momento a otro, James decidió ir a supervisar el trabajo que estaban realizando estos. Cuando llegó, lo primero que se encontró fue a uno de ellos totalmente exhausto después de llevar más de quince horas trabajando sin más descanso que el que se les proporcionaba para comer un trozo de pan y beber un miserable vaso de agua. Después de ver esto, el estado de ánimo del señor cambió radicalmente, dejando ver la peor versión de sí mismo; se dirigió directamente al hombre cansado quitándole el trabajo y, por si fuera poco, desterrándolo de su propio hogar sin darle tan siquiera la mínima oportunidad para explicarse o para dar su opinión. Automáticamente, cuando Malik vio esta injusta situación, se rebeló contra James. Algo que, probablemente se merecía, pero que ponía en riesgo su trabajo, su vivienda y su familia, ya que no tendría a dónde ir con su mujer. Como era de esperar, el hombre lo obligó también a abandonar el pueblo, pero tuvo el derecho de acabar su jornada diaria de trabajo. Malik, mientras terminaba de trabajar, solo le rondaba la cabeza la idea de cómo iba a explicarle a su mujer lo que había sucedido, así que tuvo que pensar una excusa para que el golpe no fuese tan fuerte, aunque luego, pensándolo dos veces, decidió que lo mejor sería contarle la verdad.

Llegó el momento de la cena y Asha notó a su marido muy callado y mucho más raro de normal, así que le preguntó si estaba bien o si le había pasado algo en el trabajo. Lógicamente tuvo que explicarle a su mujer lo que había pasado y, para sorpresa de Malik, la reacción fue algo totalmente contrario a los que se esperaba. Asha se levantó de la mesa y fue corriendo a abrazarlo porque, al fin y al cabo, se habían librado de esa vida de condena que tenían programada y que era verdaderamente una tortura.

Al día siguiente la pareja hizo las maletas, recogieron todas las cosas necesarias y se fueron de allí. Al cabo de tres días caminando muchas horas diarias, descansando para comer y parando en algunos hostales que fueron encontrando por el camino para poder descansar unas horas, llegaron a un puerto donde encontraron a un grupo de personas que estaban a punto de coger un barco rumbo a Madagascar. Aunque ellos

nunca habían escuchado hablar de ese sitio les interesaba mucho conocer más acerca de él por lo que cogieron la mitad de sus ahorros y zarparon rumbo a esta isla.

Tres días después llegaron a su destino y nada más bajarse de ese barco, aunque todavía no habían visto nada, ya les parecía que se les había abierto un mundo nuevo y un montón de oportunidades. Estuvieron buscando muchos trabajos distintos intentando encontrar algo que les ayudase a sobrevivir. Asha finalmente encontró un trabajo en una residencia de ancianos donde estaba feliz de poder ayudar a la gente, era un trabajo bien pagado y que además la llenaba por completo. Por otro lado, Malik encontró empleo en una gran empresa multinacional como reponedor, donde después de unos meses trabajando su jefe se dio cuenta de que tenía un gran potencial y unas ganas tremendas de trabajar, por lo que decidió proponerle realizar un curso para mejorar su posición en la empresa. Ambos no podían creer la maravillosa vida que estaban llevando y de todo el mundo que se les había abierto después de salir de ese horrible agujero en el que habían estado viviendo tantos años.

Unos días más tarde, un problema iba a cambiar su vida por completo. El jefe de Malik quedó detenido porque los productos que estaba vendiendo y produciendo eran ilegales en Madagascar.

Los trabajadores perdieron su trabajo, y la vida de Malik se complicó cuando vieron que había venido en un barco que, al parecer, tampoco estaba habilitado para la navegación. A Malik lo detuvieron y lo mandaron de vuelta a Masai, ya que James decidió abandonar esas tierras porque, según él, estaban demasiado deterioradas y no iban a encontrar nada más allí, por lo que decidió abandonar el pueblo. Más tarde llegó otro hombre que tenía el mismo plan de trabajo que James. Asha se quedó sola y desbastada, ya que estaba muy preocupada por la situación de su marido.

Todo continuó exactamente igual los siguientes meses, los ahorros de Asha ya no le alcanzaban para pagar el alquiler del piso, y tampoco le llegaba casi para comer. Mientras tanto, Malik estuvo trabajando en Masai siendo explotado y en unas condiciones terribles.

Todo dio un giro inesperado cuando le llegó una carta a Malik, que decía que iba a tener un nuevo dueño. Malik se quedó sin palabras y también estuvo confuso, no se podía imaginar quién iba a llegar a ese pueblo e invertir en él.

Durante los siguientes días, el nuevo y misterioso dueño había ya construido una enorme empresa y les había dado una paga considerable para que empezaran a trabajar con mucha motivación y ganas.

Tres semanas más tarde, apareció por Masai un lujoso coche, vigilado por varios guardias de seguridad. Malik estaba expectante observando la increíble situación que tenía ante

sus ojos, lo que no se podía creer era quién era la persona que iba a bajar del coche.

Cuando se acercó a mirar, a través de la multitud vio a Asha. No dudó en ir corriendo a abrazarla. No daba crédito. Malik le preguntó lógicamente que cómo había logrado conseguir tanto dinero y poder salvar al pueblo de las situación en la que estaban.

Por lo visto, la dueña de la residencia de Asha era una señora mayor que había caído muy enferma y ella se había ofrecido a cuidarla. Después de varios meses la anciana lamentablemente falleció, pero lo que nadie se esperaba que al leer el testamento que había escrito, figurase como nueva dueña de esa residencia Asha, por tantos cuidados, cariño y ayuda que ella le había ofrecido.

En ese momento exacto lo primero que pensó Asha fue en cómo podía sacar a su marido de ese lugar, y pensó que no tenía por qué sacarlo, podía en vez de eso, salvar la situación de su pueblo natal.

Asha hizo muchos cambios en la residencia y la arregló de la mejor manera posible. Fue tanto lo que ayudó a las personas mayores con sus cuidados, con su compañía y respetando todas y cada una de las necesidades que tenían y las opiniones que podían dar en algún momento, que pronto creció y logro expandirse por Sudán, Etiopía y más países vecinos, creando la cadena de residencias con mejores valoraciones, y mejores cuidados de todo el país. Fue tanto el impacto que causó, que expandió el negocio hasta África empezando por supuesto por Masai.

De esta manera llegaron allí. Pronto Malik y ella se unieron para seguir ayudando a crecer y a mejorar lo ya producido.

Los años siguientes todo fue a mejor, el pueblo se volvió un lugar agradable para vivir tanto familias como ancianos, todos disponían de los mejores cuidados y servicios disponibles.

Asha y Malik se volvieron unas personas muy queridas en todo el pueblo y aunque a menudo tuvieran que viajar por negocios, o a dar ruedas de presa por todo el país, siempre volvían a su pueblo y a sus raíces.

CATEGORÍA C

SEGUNDO PREMIO: MARTA AGÜERIA BLANCO. IES VIRGEN DE COVADONGA. EL ENTREGO.

DEVA EN EL CAMINO

El camino hacia los derechos nunca ha sido un camino de rosas... se trata de un trayecto duro, lleno de subidas y bajadas. Es un viaje que te cambia por dentro y por fuera, y si no, que se lo digan a nuestra protagonista, Deva.

"Artículo 1: Todos nacemos libres e iguales" reza la fachada del colegio Dolores Medio de Oviedo. Deva camina hacia la Catedral de San ¡Salvador a paso ligero, preparada con su gran mochila, que está más cargada que nunca. Cargada con el peso de todo lo necesario para afrontar las trece etapas que separan Oviedo, el origen del camino, y Santiago... y cargada también con la preocupación y la angustia que le genera el mundo que nos rodea. La guerra de Ucrania, la revolución de las mujeres iraníes... son todas malas noticias.

Deva emprendió la primera etapa, que la llevaría hasta la villa de Grado. Allí se sorprendió al encontrarse con un gran grupo de peregrinos como ella, que escuchaban atentamente las palabras de una persona un tanto peculiar; se trataba de un hombre anciano, delgado, con la tez morena y curtida por el sol y una barba blanca de varios días, sin embargo, su mirada desprendía un brillo alegre y especial.

A su lado, un perro jugueteaba con un hueso, haciendo caso omiso a las palabras de su dueño, como si ya las hubiese escuchado cientos de veces...

La joven se acercó, curiosa.

- El camino Primitivo es el más bello y antiguo de los caminos, pero además esconde un tesoro especial; es también "La ruta de los Derechos Humanos".
- ¿Qué es eso de los derechos? – preguntó un joven del grupo.
- Los derechos humanos son aquellos que tenemos por el hecho de existir, independientemente de nuestra nacionalidad, el tono de nuestra piel, nuestra religión... A veces, por desgracia, no se respetan, y eso ocurre, en parte, porque son cosas básicas pero desconocidas a partes iguales. A lo largo del camino os iréis encontrando con derechos, desde los más fundamentales hasta aquellos que aportan a vuestras vidas.

Si abríis los ojos y el corazón, al final de este viaje seréis capaces de entender su importancia. Si me permitís, yo puedo ser vuestro guía-

A Deva todo lo que les acababa de contar ese señor le pareció una locura, pero al mismo tiempo sentía curiosidad, y el camino es mucho mas divertido con amigos, así que se uniría a ellos, y si al final ese pobre anciano desvariaba, serían risas.

Siguieron al anciano peregrino por la villa hasta que llegaron a la fachada de una casona. "Artículo 3: Tengo derechos a la vida, a la libertad y a la seguridad personal".

- ¡vaya tontería! —exclamó una joven, me parece una obviedad.
- ¿Ah, sí? —preguntó el anciano.
- Como se nota que la gente joven de hoy en día no lee ni ve las noticias... ¿pero vosotros no habéis dado historia en el instituto? ¿No os dais cuenta de que durante la II Guerra Mundial murieron millones de personas en campos de concentración, por ser “diferentes”? A quienes redactaron la Declaración de Derechos en 1948, esto no se les pasó por alto, y lo vieron necesario... porque hoy cada uno por ahí que, en fin, este derecho va a haber que deletreárselo.

Deva se mostró sorprendida también, ella sí que veía las noticias, y a ella sí que le angustiaban todas las guerras y conflictos que había en el mundo, pero veía la vida como algo tan normal que jamás se había parado a pensar que eso tuviese que convertirse en un derecho escrito, -pero es necesario- pensó. El derecho a vivir es lo peor que te pueden arrebatar —pensó en voz alta.

- De los peores sin duda, y además es fundamental, porque sin derecho a la vida, los demás no tendrían sentido, ¿Cómo te llamas?.
- Deva.
- Pues muy bien Deva, creo que el Primitivo te va a hacer darte de cuenta de muchas cosas.

La noche en el albergue con los que serían sus nuevos compañeros del camino fue súper divertida; jugaron a juegos de mesa, cantaron y tocaron la guitarra. Desde luego, la aventura prometía.

Al día siguiente, y después de un gran madrugón, volvieron a emprender camino, esta vez en busca de la siguiente placa... y es que el fin para Deva y sus nuevos amigos ya no era llegar a Santiago, sino ir descubriendo nuevos derechos de la mano del sabio y su perro, como si de una búsqueda del tesoro se tratase.

En Cornellana el artículo cuatro dice “Tengo derecho a no ser esclavizado”. Los jóvenes, que ya habían cogido confianza y habían perdido la vergüenza, se atrevieron a rebatirlo.

- ¡Pero si las pirámides ya están construidas, ya no hay esclavos! —dijo uno.
- Aquí Wikipedia dice que la esclavitud ya no existe, me parece una fuente más fiable que este trozo de pizarra.
- ¿Y que me decís de la esclavitud moderna? —rebatíó el anciano. Existe un tipo de esclavitud, que tristemente ocurre mucho en Asia, en fábricas donde explotan sus trabajadores y les obligan a estar allí contra su voluntad, pero claro, todos queremos ir guapos y tener de todo, y que sea barato...
- Es verdad, en realidad la culpa es nuestra, porque colaboramos con ello —dijo otra chica.

Después de leer la placa, volvieron al camino, pero con una pequeña sensación de culpa... ¡Nunca se habían parado a pensar eso!

A lo largo de los días siguientes, y tras atravesar bosques, montañas, valles, riachuelos, y encontrarse con más derechos, aldeas escondidas y gente maravillosa por el camino, tras atravesar la ruta de los Hospitales, llegaron a la aldea de Berducedo, en Allande, un lugar muy especial para Deva.

A su llegada les esperaba la abuela de Deva, que recibió a su nieta con un gran abrazo y condujo al grupo hacia la plaza de la iglesia, donde se encontraba la placa que rezaba "Tengo derecho a la presunción de inocencia". Allí, ella tomó la palabra, y el anciano entendió que era un derecho que debía explicar la mujer.

CATEGORÍA C

TERCER PREMIO: JIMENA MERINO HERÍAS. COLEGIO DULCE NOMBRE DE JESÚS. OVIEDO.



RELATOS GANADORES 2023

LA MÚSICA DE LAS BOMBAS 22

CATEGORÍA A. PRIMER PREMIO: GABRIEL ORREGO FERNÁNDEZ. COLEGIO MARISTA AUSEVA. OVIEDO.

LOCURA 24

CATEGORÍA A. SEGUNDO PREMIO: CARLA LLORENTE SÁNCHEZ. IES VIRGEN DE COVADONGA. EL ENTREGO.

PETICIÓN POR LOS DERECHOS HUMANOS 25

CATEGORÍA A. TERCER PREMIO: GELSOMINA ÁLVAREZ LORENCE.

COLEGIO PÚBLICO ÁLVAREZ FLÓREZ ESTRADA. POLA DE SOMIEDO.

LA MONTAÑA 26

CATEGORÍA B. PRIMER PREMIO: DAVID SUÁREZ MARCOS. IES ROSARIO DE ACUÑA. GIJÓN.

¿EXISTE EL DERECHO A LA VIDA? 28

CATEGORÍA B. SEGUNDO PREMIO: DANIELA ANEIRO FERNÁNDEZ. COLEGIO LA MILAGROSA. OVIEDO.

IGUALES PERO DIFERENTES 30

CATEGORÍA B. TERCER PREMIO: ELENA CADIerno PELÁEZ. IES CÉSAR RODRÍGUEZ. GRADO.

NI UNA MÁS 32

CATEGORÍA C. PRIMER PREMIO: IGNACIO FORCELLEDO FERNÁNDEZ. COLEGIO CORAZÓN DE MARÍA. GIJÓN.

LAS ALAS DEL GORRIÓN 36

CATEGORÍA C. SEGUNDO PREMIO: CAROLINA COSME ÁLVAREZ. IES RAMÓN ARECES. GRADO

EL ALMA DE LAS MARIPOSAS 40

CATEGORÍA C. TERCER PREMIO: CANDELA ESPINAR HERRERO. IES ASTURES. LUGONES.



LA MÚSICA DE LAS BOMBAS

Mi mamá me dice que uno vive donde le ha tocado vivir. También me cuenta que yo... no he tenido mucha suerte. La verdad, no entiendo bien por qué me dice eso. Mi nombre es Muslim Haman y soy palestino, vivo con mi hermana mayor, Raina, y mi hermano pequeño, Amin. Mi padre murió hace un par de años en Israel, tuvo un accidente mientras trabajaba, así que mamá nos cuida a los tres.

Yo siempre quise ser músico, me gusta mucho la percusión. Mi tío me enseña a tocar la batería, él tenía un grupo de rock and roll. Aunque disimula, yo sé que le gustan los cantantes americanos, a veces lo veo con su móvil escuchándolos a escondidas, no están bien mirados los grupos extranjeros, sobre todo de ese país.

Raina es la mano derecha de mamá, cuida de mi hermano pequeño Amín. Amín necesita mucha ayuda, con las primeras explosiones dejó de hablar y de dormir. Ahora solo queremos que vuelva a la realidad, está como ido, su mirada siempre apunta a un lugar distante, es como si mirando lejos pudiera estar en otro lugar.

Yo no tengo ese problema, un día que estábamos en el refugio, se sentó un señor a mi lado, me dijo que tratara de buscar algo positivo de aquella situación. Aquel suceso me impresionó tanto que, desde entonces, intento descubrir música en las bombas. Sí, has oído bien, pretendo buscar patrones rítmicos, punnnn, punnnn, punnnn... boom, boom, boom... ¿Por qué no? Sé que hay gente que ve figuras en las nubes, también en las estrellas o incluso en los posos de café. Pues yo pretendo oír melodías en las explosiones, me gustaría extraer una canción de todo ese estrépito. ¿Tendría razón aquel hombre?, ¿podría surgir algo hermoso de aquel desastre?, desde luego resulta extraño y un tanto... absurdo.

Cuando zumban las sirenas regresamos al refugio, los mayores siempre dicen que es un lugar seguro, aunque yo tengo mis dudas, verles temblar y rezar cuando las explosiones suenan muy cerca, no es muy tranquilizador. En realidad, nuestro refugio es el cuarto de limpieza de un aparcamiento, está en el sótano más profundo de un gran edificio, es un lugar muy pequeño, no tiene luz, todos estamos muy apretujados, también hace mucho calor. Gracias a las linternas de los móviles podemos vernos las caras, te confieso que da un poco de miedo, parecemos fantasmas, todo es muy siniestro. Normalmente, cuando escucho varias explosiones, intento seguir una pauta y me pongo a cantar, procuro anticiparme al siguiente estallido, algunas personas me acompañan, pero no es fácil, hay detonaciones que nos hacen callar, sobre todo las que hacen caer polvo del techo. Componer música es como tallar, el escultor aparta la piedra que sobra de la escultura, yo quiero apartar el ruido de la melodía... A veces me pregunto si de verdad podré hacerlo. Hasta la fecha, no he podido ver ni oír nada bonito de aquello. Quiero pensar que lo lograré, por eso, cuando descubra una canción oculta en el estruendo de las bombas, se

la cantaré a Amín. Así todos podrán comprobar cómo en la peor de las situaciones, siempre hay algo bello por lo que luchar.

CATEGORÍA A

PRIMER PREMIO: GABRIEL ORREGO FERNÁNDEZ. COLEGIO MARISTA AUSEVA. OVIEDO.

LOCURA

Esto no es una historia larga de contar, pero vivirla sí, sí que resulta eterna. Es una tortura para una mujer que cada vez que su marido cruzaba la puerta con un par de copas de más, corría hacia el baño y se encerraba con pestillo, rezaba para que estuviera cansado y se olvidara de ella no durante un rato, sino para siempre. Larga y eterna es la historia para esa mujer que contaba los minutos. Ese infierno duró cinco años, cinco años de tortura, hasta que ella se cansó de los golpes, de los insultos, del acoso. Llegó a cometer una locura, al menos eso decía la gente, una locura. Ellos no tuvieron que vivirlo. El hecho, visto desde fuera, era la mayor de las locuras, pero nadie valoró lo que él hacía ni lo impidió. A él nadie le dijo que era una locura tratarla así. Por eso, decidió tomar la justicia por su mano. Cogió lo primero que encontró a mano que pudiera detener al monstruo que, aunque nadie lo sabía, la atormentó todos los días durante unos larguísimos cinco años. Y así fue como una hoja de metal atravesó el cuello del monstruo, pero, antes de morir, él pronunció esas dos palabras, esas que ella tanto odiaba. ¡ESTÁS LOCA!

CATEGORÍA A

SEGUNDO PREMIO: CARLA LLORENTE SÁNCHEZ. IES VIRGEN DE COVADONGA, EL ENTREGO.

PETICIÓN POR LOS DERECHOS HUMANOS

Resulta lamentable que en pleno siglo XXI sigan existiendo manifestaciones de odio dirigidas hacia mujeres y migrantes, así como que la vivienda sea considerada un privilegio inalcanzable para muchos. Asimismo, la amenaza que pende sobre el derecho a la salud debido a la falta de financiamiento para la atención médica es una realidad alarmante.

Me gustaría que el país donde proteja de todos los derechos humanos para todos sus habitantes. Es por ello que insto y exijo a los partidos políticos que asuman un compromiso en la defensa de estos derechos fundamentales.

Es totalmente necesario que cada individuo tenga acceso a una vivienda digna, propiciando especialmente a los jóvenes la posibilidad de alcanzar una vida decente. La discriminación basada en la nacionalidad o el color de piel debe ser erradicada por completo, asegurando que ninguna persona se vea amenazada o perjudicada por estos motivos. La violencia contra mujeres y niñas debe ser erradicada de raíz, garantizando su seguridad y bienestar en cualquier circunstancia.

Asimismo, es esencial que todos gocemos del derecho a la salud, respaldado por una financiación adecuada para la atención médica pública y de calidad. La libertad de expresión debe ser un principio inquebrantable, sin lugar para discursos de odio que atenten contra la integridad de cualquier individuo.

Finalmente, hago un llamado especial para que se escuchen y tomen en cuenta las opiniones de los niños y niñas, reconociendo su capacidad para expresar sus ideas y se tengan en cuenta en las decisiones que afecten su presente y futuro.

CATEGORÍA A

TERCER PREMIO: GELSOMINA ÁLVAREZ LORENCES. COLEGIO PÚBLICO ÁLVAREZ FLÓREZ ESTRADA. POLA DE SOMEDO.

LA MONTAÑA

La luz del amanecer y la nieve cegaban la vista, el joven afianzó su pierna derecha buscando fijar los crampones en el hielo, sintió el ruido del hielo al romperse como cristal y su pierna salió disparada desestabilizándolo totalmente, viendo su cuerpo arrastrado hacia abajo con una terrible violencia incrementada por el exceso de peso que llevaba. Sintió cómo se le cortaba la respiración y su cuerpo caía desmadejado como un muñeco, no podía controlar su caída por la ladera de la montaña. Sintió los primeros golpes violentos que le cortaban la respiración, oía como sus huesos golpeaban y doblaban por donde no debían. En cada golpe iba perdiendo todo el exceso de bultos que llevaba sobre sí, sentía como si su cuerpo explotase por dentro. Hasta que un repecho del camino le frenó en su caída.

Apenas se dio cuenta que frenaba, intentó gritar, pero notó que apenas salía de su cuerpo un leve sonido de queja. Pensó en su familia, su mujer, su hija y en el pequeño que venía en camino. Él era un Sherpa, un Sherpa con mayúsculas, no sólo un porteador, un habitante del valle. Venía de una familia de Sherpas. Allí tirado recordaba las charlas alrededor de la lumbre donde su padre y su abuelo contaban las expediciones en las que habían participado y cómo ese dinero para ellos era mucho, cómo les había ayudado a comprar sus tierras, a aumentar sus rebaños de yaks, y cómo él anhelaba subir a la montaña, cómo fantaseaba con ser uno de ellos. Por eso no se lo pensó ni dos veces, cuando se casase, quería tener su propio rebaño y sus tierras. La primera expedición había ido bien. Todos lo sabían, los científicos los habían estudiado, eran hijos de la montaña y sus cuerpos estaban hechos para las alturas, solo usaban oxígeno en el último tramo de la subida. Así que, cuando supo que su segundo hijo estaba en camino, volvió a la montaña, cargó mas que otros, cobraría más al final y podía pensar en construir su propia casa. Lo que para estos extranjeros no era mucho dinero, para él era un tesoro.

Veía las sombras, había gente, intentó moverse, pero sus extremidades no le respondían. Intentó gritar, pero sintió cómo el aire salía emitiendo un ruido gutural apagado. No sentía que le cogían, quizás no fuese nadie, quizás eran las almas de los Sherpas que no habían vuelto a sus casas, los que habían dejado su vida en la montaña. Le parecía oír voces, pero no las entendía. Le parecía ver perfiles, pero no se le acercaban. Intentaba hablar, pero no podía. Notaba cómo la montaña le quitaba poco a poco el aire, cómo le iba adormeciendo el cuerpo, a pesar del buen traje que le había proporcionado la expedición. Recordó las palabras de su mujer... "No vuelvas a la montaña, es peligroso, la próxima vez habla tú con los extranjeros, sólo te quedan las migajas de lo que pagan y eres tú el que sube cargado..." Pensaba que si su hijo era varón no sería porteador, Sherpa sí, pues era su clan, pero él no expondría su vida en la montaña.

Ya no veía las sombras, las lágrimas habían cristalizado en sus pestañas y le cegaban totalmente, notaba cómo apenas podía elevar el pecho para tomar el aire que ahora le

faltaba. Sentía pisadas de paso, no entendía por qué no sentía cómo le cogían, pensaba si su cuerpo dañado no sentía la camilla, no oía el helicóptero que solía subir uno de los trechos a los montañeros menos avezados y que recogía a los heridos de la montaña. Notaba que no sentía nada, ya sólo veía el valle y a su hijo correr hacia él y a su mujer saludarle con un pequeño en brazos. Su hijo no subiría a la montaña.

Muhammad Hassan, murió el 27 de julio de 2023 en el cuello de botella del Everest tras tres horas de agonía en la montaña, sin que ninguna de las expediciones que pasaron al lado de su cuerpo mal herido le prestara ayuda. No eran refugiados que huían, eran expediciones que pagaron entre 60.000 y 160.000 dólares por tener la experiencia de subir a un 8.000 y que claramente consideraron que una vida valía menos que ese dinero o que su propia experiencia iguales de cualquier derecho, como es el derecho a la vida, a la dignidad a vivir con su familia, a no ser discriminado...

CATEGORÍA B

PRIMER PREMIO: DAVID SUÁREZ MARCOS. IES ROSARIO DE ACUÑA. GIJÓN.

¿EXISTE EL DERECHO A LA VIDA?

Un conflicto, dos países y muchas vidas. Suha Arafat, esa soy yo, periodista en Palestina durante el conflicto palestino israelí. Mi marido Hassan y yo tenemos un hijo, Bilal y otro en camino para el cual ya quedan solo días para tenerle con nosotros.

Hace unos meses que ya no vivimos en casa; ahora estamos en casa de los padres de Hassan porque nuestra zona está prácticamente arrasada por los ataques constantes de Israel, dejándonos sin apenas comida y sin un techo donde vivir. Mi hijo Bilal ya casi no tiene ganas de comer ni de jugar, estoy muy preocupada por su estado de ánimo. Hay noches en las que llora desconsolado cuando recuerda los gritos de desesperación de niños que escuchamos entre los escombros de los edificios; no quiero ni imaginarme que uno de ellos pudiera ser uno de mis hijos. Otros días Bilal está mucho más contento y distraído, cuando disfruta con sus abuelos ayudándoles en la huerta a cosechar en el poco trozo de tierra que les queda. Ya no tenemos guarderías, ni colegios disponibles; están todos destrozados o los utilizan para atender a enfermos. Por supuesto, ya no podemos pasear ni sentarnos en un banco para que nuestros hijos jueguen o charlen como era habitual después del colegio. Ya no tenemos una vida normal.

Mi marido, me acompaña a todos los lugares donde tenga que realizar un directo informativo, cuidándome por si llega nuestro bebé y apoyándome en seguir haciendo lo que me gusta: informar. Durante los directos se me nota que estoy muy nerviosa. No me quito de la cabeza la idea de perder a mi hijo. Todos los días, antes de salir de casa me despidió de él como si nunca más le fuera a ver.

Mi hermana también es un gran apoyo en mi vida, desde que una bomba cayó sobre la casa de nuestros padres. Estamos más unidas que nunca, nos dimos cuenta de que habíamos perdido todos los recuerdos, las historias, los abrazos de mamá...

En las últimas semanas han aumentado los ataques en la zona, sobre todo en el Barrio de Rimal en Gaza, donde estamos viviendo actualmente. A medida que pasan los días tenemos menos recursos; tener dos comidas al día es un privilegio, incluso una al día es de afortunados. A veces pienso que lo que vivo es una película, que estoy soñando, pero realmente la realidad supera la ficción. Niños pidiendo abrazos, personas mayores débiles, sin fuerzas, tiradas en las aceras o encima de escombros lamentándose y rezando porque todo pase lo más rápido posible.

Hace unas horas había comenzado un directo informativo y de repente una bomba israelí cayó a pocos metros de mí. Ruido, gritos, polvo, oscuridad, calor y de repente sentí un dolor en el vientre: el bebé venía en camino. Rápidamente grité para que me ayudaran y

en lo que quedaba de un hospital me atendieron. Unas horas después tenía a mi bebé en mis brazos, una niña preciosa, Kaila.

Pero ¿qué vida le espera? ¿Qué le puedo ofrecer? ¿Qué he hecho mal? No tengo esperanza. No puedo dar a mis hijos la vida que se merecen. ¿Qué culpa tienen ellos? ¿Existe el derecho a la vida? Me asaltan tantas preguntas sin respuesta...

CATEGORÍA B

SEGUNDO PREMIO: DANIELA ANEIRO FERNÁNDEZ. COLEGIO LA MILAGROSA. OVIEDO.

IGUALES PERO DIFERENTES

Hugo, un niño con una gran mente imaginativa, viaja en bus hasta la casa de su abuelo. Adila, una niña trabajadora y responsable camina en dirección a la jaima de su abuela.

El abuelo de Hugo vive solo y rara vez puede ir a visitar a su nieto, por lo que Hugo aprovecha muchísimo el poco tiempo que puede pasar con él. Adila, camina todos los días un trayecto de dos largas horas, para poder llevarle a su abuela la poca comida que su padre consigue en el mercado.

Cuando Hugo llega a la casa de su abuelo, él lo recibe con mucha alegría. Le cocina su plato preferido, mientras Hugo prepara la mesa para la comida. Adila entra a la jaima de su abuela, la saluda y se dispone a hacer la comida que ha llevado.

Hugo sale a jugar. Lanza peluches a Thor, el perro de su abuelo. Se divierten saltando y corriendo, pero empieza a llover. Regresan a la casa mojados y Hugo se enfada, ya que debe regresar a su hogar.

Adila y su abuela comen en silencio. Cada una piensa en algo diferente. La abuela se pregunta qué corre por la mente de su nieta, y la niña reflexiona sobre la vida de personas "del otro mundo". Es algo en lo que últimamente medita mucho. En cómo pasan el día otros niños como ella. Sabe que sus amigas, al igual que ella, por las tardes van a las casas de familiares lejanos. Es su labor, llevar comida a su abuela y hacerle compañía.

Hugo vuelve en el bus. Su padre lo espera en la parada, como siempre. Eso lo enfurece aún más. Sus amigos pueden viajar solos en tren y él no lo tiene permitido. Sus padres son muy estrictos.

Adila, ya desde su jaima, no tiene forma de comunicarse con su abuela para decirle que ha llegado sana y salva. Igualmente, tampoco puede decirles a sus padres que ya está con su abuela cada vez que va a verla. Cuando ella llega no hay nadie. Su padre está en el mercado la mayor parte del día y su madre debe ir a buscar agua, con su hermana mayor Kenya, a un pozo que se encuentra a varios kilómetros desde la jaima, por lo que ella siempre tiene que esperar sola a que regresen.

Tumbado en la cama de su habitación, Hugo piensa en cómo sería vivir solo. Vivir sin que ningún adulto le obligara a hacer nada. O mejor aún, ser el adulto. Poder hacer lo que le dé la gana. No tener deberes absurdos como comprar el pan cuando vuelve del instituto o vaciar la basura en los contenedores. Su hermano mayor, Óscar, siempre puede hacer lo que se le antoje.

Adila sabe que dentro de poco deberá empezar a formar su propia familia, pero comprende que eso conlleva mucha madurez. No puede permitirse perder ningún instante

jugando. Es por ello que desea que el tiempo pase muy despacio, para permanecer con su familia muchos más años.

Hugo se duerme pensando en crecer, desconociendo las responsabilidades que se necesitan al hacerlo. Adila continúa despierta. No puede acostarse hasta que lleguen Kenya y su madre. Ella piensa en aprovechar al máximo su juventud.

Dos niños de la misma edad, soñadores y con tareas que cumplir. Dos niños iguales, pero a la vez diferentes.

CATEGORÍA B

TERCER PREMIO: ELENA CADIerno PELÁEZ. IES CÉSAR RODRÍGUEZ. GRADO.

NI UNA MÁS

Hola a todos. Lo primero es presentarme: mi nombre es María del Mar López Rueda, nací el 31/08/1950 en Ronda, Málaga, aunque cuando tenía tres años me mudé junto a mi familia a Langreo, para que mi padre trabajara en la mina. Mi padre era un hombre tirano, férreo, muy tradicional y violento; mi madre, Carmen, una mujer cariñosa, sensible y atenta, llevaba casada con mi padre tres meses cuando quedé encinta de mí. Empecé a vivir en Tuilla cuando tenía 7 años, aunque al poco me mudé a Mieres porque mi padre se había enfrentado con un compañero y lo trasladaron Hunosa a cambio de no echarle.

CAPÍTULO 1: EL INFIERNO

Tenía 17 años cuando conocí a José Manuel. Él trabajaba de minero, aunque en secreto era informante de los grises: cuando algo acontecía en el pueblo, les pasaba el parte al cuartelillo y ellos se encargaban del resto. Una simple disputa por la linde de un terreno, un mal de amores en su familia con la de otra y conseguía sus objetivos. Él era hijo de militares que habían caído en gracia porque su padre apoyó la sublevación de 1936, y obtuvieron terrenos y bienes requisados a republicanos exiliados o ajusticiados. Era minero, medía 1'82 de alto, pesaba unos 90 kilos, era ancho de huesos, fuerte y curtido por el trabajo.

Yo fui un raro prototipo como mujer, porque en secreto mi madre me dejó acudir a clases de Secundaria. Falsificó la firma de mi padre y me enviaba a Oviedo todas las mañanas a las 6 de la mañana cuando él iba a trabajar, y estaba en casa antes de las dos del mediodía, que era cuando mi padre salía de trabajar. Sin embargo, nunca me dio por desempeñar ningún oficio, en parte porque mi padre nunca me dejaría.

José y yo nos conocimos en la plaza de Requejo cuando mi hermano Juan, de 8 años, salió corriendo y un camión Pegaso estuvo a punto de arrollarle, pero el conductor había calcado el freno e incluso se había bajado a ver si estaba bien. Se lo agradeció enormemente, y empezamos a hablar.

Con la charla empezó un ligero coqueteo, empezamos a salir a tomar cafés, y finalmente a los seis meses me presento a sus padres, José Jesús y Josefa. Sin darme cuenta, nuestros padres nos estaban dando su bendición para la boda que finalmente tuvimos el 8 de agosto de 1970 en la iglesia de San Pedro de Sama. Nunca se me olvidará la frase que me dijo mi madre ese día: "haga lo que haga tu marido, está bien". En este momento no vi las connotaciones de ese consejo, pero más tarde lo entendí como una especie de premonición.

CAPÍTULO 2: LA CONVIVENCIA

Nos mudamos juntos a vivir en la calle de la Vega, en un piso que nos costó 3 millones de pesetas. Recuerdo que cuando entré mi armario ropero estaba lleno de vestidos y zapatos; según mi marido, ese había sido el regalo de bodas de su madre. La emoción que irradiaba aquel día era increíble. Pero eso me duró muy poco porque lo que creí mi sueño, se acabaría convirtiendo en mi pesadilla.

CAPÍTULO 3: EL DESCENSO A LOS INFIERNOS

Todo comenzó en el día de Reyes de 1971. Estaba cocinando para los padres de José un cachopo con unas patatas fritas cuando por error se me resbaló de las manos uno de mis platos de duralex; eso hizo que la furia de José se desatara y que me diera un sonoro bofetón. Cuando ellos llegaron me vieron sirviendo los platos muy nerviosa, y me preguntaron por qué estaba así; les contesté [error mío] que José me había pegado porque se me había caído un plato. Él me dijo que era normal, que era una torpe; su madre me dijo que tendría que aprender a ser una buena esposa y madre.

En unas vacaciones de verano de 1972 en Benidorm me quedé embarazada de mi hijo; decidí llamarle Ignacio, y mi marido estuvo de acuerdo, aunque no por quedarme encinta dejó de maltratarme. Recuerdo cuando en enero del 73, estando de 23 semanas me golpeó en el vientre porque hice la comida con poca sal. Afortunadamente, nadie salió mal, y mi niño nació en el H.U.C.A. José llegó en su Seat 1500 a recogerme y llevarme a casa. Cuando aparcamos decidí que educaría a mi hijo para que fuera un buen hombre.

Al ir caminando me crucé con mi vecina Marisol, que vivía en una constante desdicha porque su marido la había abandonado, junto a sus cuatro hijos, por una chica portuguesa. Marisol había decidido rehacer su vida, y ahora tenía un novio nuevo, pero según muchas vecinas era una inmoral por traicionar el deber conyugal que le correspondía, porque seguro que su marido volvería. Su deber era esperarle. Bajo mi punto de vista, Marisol no estaba haciendo nada malo; incluso la admiraba, porque le llegó a plantar cara a su marido. Por otro lado, mi marido me decía que si yo algún día hiciera lo mismo prefería verme bajo tierra.

CAPÍTULO 4: ¿LUZ AL FINAL DEL TÚNEL?

20 de noviembre de 1975, Franco ha muerto. Por un lado, estoy alegre porque se acabó la censura y la represión contra nosotras las mujeres; espero que de aquí en adelante la vida cambie y pueda separarme e incluso divorciarme, como hacen las americanas, como Mary Ann, la novia de Paco, el de Sonsoles. Por otro lado, José se ha vuelto aún más cruel, me golpea cada vez más y más fuerte, y no sé qué voy a hacer ya, me estoy planteando

en ir a denunciar al cuartel a Sama para que me protejan tanto a mi como a mi hijo, además de a otras mujeres. Él me engaña desde hace meses con mujeres de la vida galante, y cada vez que me entero él me dice que mi papel es de estar calladita. Qué envidia me da Marisol, ella se volvió a casar y se fue de este valle de lágrimas y desolación. De qué nos sirven todas las riquezas de la minería, si los sentimientos de nuestros hombres están podridos y su corazón es pobre de amor verdadero.

CAPÍTULO 5: ¿JUSTICIA O MUERTE?

Recuerdo aquella mañana en la que fui por primera vez a la comandancia de la guardia civil a denunciar a mi marido. Era una fría mañana de invierno de 1976, llovía. Mi marido tenía el turno en las tardes en la mina, por lo que decidí cocinar algo rápido para él; le preparé un arroz con huevo y tomate frito, pero, como no le gustó, al estar un poco ebrio arrojó el plato al suelo y me dio un puñetazo. Para mí, eso fue como si a la par me clavarán 1.000 cuchillos, aunque fue más grande la herida del alma. Para encima, él me ordenó hacerle un filete empanado; mientras lo hacía pensaba en que mi vida debería de cambiar sí o sí, porque no podía seguir todo así. Si todo aumentaba aún más tal vez mi hijo podía quedarse sin madre de un golpe mal dado... así que acudí a la benemérita a denunciar.

Recuerdo que entré con mi niño de la mano. Allí se encontraba otra mujer en situación parecida a la mía; la vi magullada, y las lágrimas caían por sus ojos. Mi hijo y el suyo se echaron al suelo a jugar con su cochecito de cristal; entretanto ella y yo hablábamos. Me dijo que era la cuarta vez que iba. En sus palabras textuales, su intención era que en caso de que una paliza acabara con todo no fuera porque ella no lo hubiera intentado evitar. Cuando el guardia civil la vio le dijo que se fuera, o llamaría de nuevo a su marido. Ahí comprendí el riesgo de algunas mujeres. Pensé que era una suerte que me tocara el otro agente en la hilera, un hombre de unos 35 años que me mandó sentar y, mientras sostenía a mi hijo en cuello, me preguntó por qué había acudido allí. Cuando le comenté las razones, me dijo que no era para tanto, que yo como su mujer tenía que saber que mi marido tenía el derecho a tomar las decisiones en mi vida y que según él era lógico que me golpeará. Según él, así aprendía a ser una buena esposa. Tras esto me levanté y me fui dispuesta a cambiar todo en mi vida.

CAPÍTULO 6: AL BORDE LA MUERTE

Un par de días más tarde mi marido llegó a casa hecho una fiera. Sin yo saberlo, en comisaría estaba José Ramón para denunciar el robo de su 600. Me recriminó lo que le dije al policía y llegó expresamente para “enseñarme a ser una buena esposa”. Me dio una paliza en la cual me dejó inconsciente y, dándome por muerta, me bajó por las escaleras, me llevó a un descampado y allí me abandonó. Tras esperar un tiempo desperté. Estaba magullada y desorientada. Eché a caminar. Me encontró Marisol en el preciso momento

en que me desplomé en el suelo a consecuencia de las heridas internas que tenía por los años de maltrato.

CAPÍTULO 7: ¿ME DEBO SEPARAR?

Al final, llegué a la conclusión de que debería de separarme de mi marido, ya no por mí, sino por mi hijo. Necesitaba que el niño se criara en un ambiente propicio, por lo que una tarde de 1978, mientras mi marido se encontraba en la mina, hui de casa con mi niño prometiéndome nunca volver. En cuanto salga la ley del divorcio empezaré una nueva vida.

CAPÍTULO 8: EL FATAL DESENLACE

Carta para la prensa:

Querida mamá,

Fuiste una luz en mi camino. Me diste fuerza, coraje; me enseñaste lo que significa valentía, que nadie es mejor que nadie, que las mujeres, aunque algunos traten de obviarlos, aún les faltan muchas batallas por luchar.

Tu asesino, esa persona a la que no puedo llamar padre, pasará doce años en prisión por acabar con tu vida cuando esta iba a empezar, justo después de conseguir ese divorcio que tanto te merecías. Esto no puede remediar todo el daño hecho, y tampoco compensará jamás que no volvamos a compartir momentos, a reír juntos. Es una pequeña justicia personal que no me consuela, pero, al menos, me tranquiliza.

Descansa, mamá, te lo mereces.

Tu hijo que te quiere,

Ignacio

CATEGORÍA C

PRIMER PREMIO: IGNACIO FORCELLEDO FERNÁNDEZ. COLEGIO CORAZÓN DE MARÍA. GUJÓN.

LAS ALAS DEL GORRIÓN

Hija eterna del pueblo, había nacido entre montañas, rodeada de vegetación salvaje por doquier, donde el aullido de los lobos o el constante resonar de los cencerros de las cabras no habrían logrado que apartase la mirada de aquellas poesías que recientemente había descubierto en el trastero, cuyo destino inicial sería la hoguera. Cuando el horario lectivo terminaba, se refugiaba en el bosque, a orillas del río, donde las margaritas florecían entre helechos y tocas, para leer y releer los versos de los pocos libros que caían en sus manos. A su corta edad, Isabel Vázquez sabía que quería estudiar. Tenía claro que aspiraba a recibir una amplia educación que llenase su sed de conocimientos y que le asegurase la libertad, término que relacionaba metafóricamente con las alas de un pequeño gorrión, ya que, aunque el gorrión fuera un ser minúsculo, sin aparente importancia, disponía de sus alas para volar, un instrumento que lo hacía libre y ampliaba su visión del mundo de manera considerable. Deseaba ser un gorrión. Tan solo necesitaba unas alas con las que impulsar su vuelo, y esas alas las podría obtener mediante el estudio.

Aquella tarde de primavera había vuelto al río, acompañada por la dañada antología poética descubierta en el trastero. La brisa agitaba su raída falda y despeinaba sus rubios cabellos, que se entrometían en su rostro sin descanso. Contempló desde su posición el viejo roble y comenzó a escalar. Las ramas de aquel árbol eran su hogar verdadero, donde podía aislarse del ruido exterior por completo y no existían preocupaciones. No había nada mejor que las ramas del roble, un libro cualquiera, la visión de las margaritas que crecían a orillas del río y el sonido de las aguas en movimiento. Sin duda, su hogar era un sorbo de distracción para su alma. Por el contrario, su casa albergaba constantes preocupaciones y ruido. Aquel ruido insoportable para sus oídos era el mayor de sus males hasta entonces. El ruido le recordaba todas sus preocupaciones: la ausencia de comida en los platos, la creciente enfermedad de su padre, las deudas que acechaban su familia... Era por ello que valoraba el silencio firmemente. Desde la altura de las ramas empezaba el silencio. Apartó un mechón dorado de su rostro y comenzó a leer.

Una vez hubo terminado, decidió cortar una buena cantidad de margaritas para el jarrón que descansaba en la habitación de su padre, que debía contener únicamente flores mustias y ennegrecidas. Las margaritas eran sus preferidas. Recordaba nitidamente como paseaba de la mano con su padre hasta ese mismo lugar, mucho antes de que la enfermedad se adueñase de su organismo, con el único propósito de cortar margaritas para crear bellos ramos de estas flores y entregárselos a su madre. Había llovido mucho desde entonces. Admiró las flores con cierta intensidad, más de la necesaria, y se llevó al pecho las flores de pétalos de nieve, en un intento de abrazarlas. Sabía que la salud de su padre empeoraba considerablemente con el paso de los días, y, junto a la salud de su padre, empeoraba también la situación familiar, que en las últimas semanas se había vuelto casi insostenible. Debía volar lo antes posible, pero ¿cómo podía crecer sus alas si no disponía de los medios necesarios? A veces, solo a veces, pensaba que volar no estaba diseñado

para ella. Despejó de su cerebro aquellos pensamientos de duda que únicamente le servían para cuestionar sus propias capacidades y el alcance de las mismas y se alejó de su hogar para reemprender el camino hacia casa. El peso de la antología le transmitía seguridad mientras recorría, como innumerables veces antes de esa, el camino de piedra que llevaba hasta su casa, que reposaba sobre la cima de una ligera elevación del terreno. Una gran multitud se concentraba alrededor de su casa. Un escalofrío mordisqueó su piel al reconocer uno de los rostros.

El sacerdote del pueblo se despedía de los vecinos después de cumplir con su labor. Aquel carpintero enfermo había fallecido, por fin. Le había dado la Unción de los enfermos y su respiración no había tardado mucho en cesar por completo. Estaba claro que el hombre no hubiera aguantado mucho más tiempo en aquellas condiciones. Recordaba su expresión ausente cuando atravesó la puerta de su habitación, cuyo olor representaba a la muerte misma, aquel gesto de abstracción, casi pareciera que estaba vacío en el interior. Sí, por fin había terminado su desdicha, definitivamente se alegraba por él. Sin embargo, al acabar las penurias del padre, comenzarían las penurias para Isabel, aunque el sacerdote no pensaba demasiado en ella, no era relevante. Por esto mismo recomendó a su madre buscarle un prometido, alguien que sustituyese el papel del fallecido padre. Después de todo, estaba en edad para casarse, había cumplido catorce años el anterior mes. Además, era una mujercita de gran belleza, con aquellos cabellos rubios y los ojos avellanados, y un marido siempre sería una fuente de felicidad, y de riqueza.

Las margaritas estaban en el suelo, pisoteadas por el sacerdote y el resto de los vecinos. Se le habían caído de las manos al darse cuenta de lo que sucedía en su casa. Vio a su madre llorar por él. También ella quería llorar, lo hizo una vez cayó la noche sobre el pueblo, mientras la luz de la luna iluminaba la habitación de su madre. Esa noche durmió abrazada a ella. La madre no quería condenarla, no debía hacerlo. Pero ¿Qué haría? Su marido acababa de fallecer y ella no tenía estudios y había dedicado su vida entera al cuidado de los hijos, no había forma de subsistir si no disponían de los medios necesarios. La niña debía convertirse en mujer. El sacerdote tenía razón, no había más opciones. Elegiría un buen marido para su niña, que cuidase de ella y que pudiese mantenerla, y, a poder ser, que también pudiera mantenerla a ella misma. En definitiva, lo hacía por su bien. No podría volver a la escuela, no tenían dinero suficiente como para costear todos los gastos que suponían las clases de Isabel. Al menos, ella tenía unos conocimientos básicos que no todas las chicas de su edad adquirirían. Sabía leer y escribir, también tenía nociones básicas sobre las matemáticas y conocía de memoria la lista de reyes visigodos que le habían enseñado con gran empeño en el colegio. Tuvo suerte, hasta entonces. Esa misma semana se pondría en contacto con los vecinos del pueblo. Muchos hombres habían quedado viudos, no era de extrañar que sus esposas muriesen en el parto o de alguna enfermedad sin cura, la mayoría eran también mujeres muy jóvenes, a las que elegían en base a su belleza y fertilidad. Nadie se escandalizaba al asistir a una boda entre un hombre adulto y una chica joven, muy joven, era relativamente común. Así eran las cosas. Su hija podría obtener a cualquiera de los hombres del pueblo que se propusiera, con sus rasgos

delicados y esa cabellera dorada todos los hombres quedarían prendados de ella. Era cuestión de tiempo encontrarle una buena pareja, y, una vez seleccionada la pareja, la boda sería inminente, casi al instante. Su viejo vestido de novia seguía intacto, no necesitaba comprar otro nuevo. Mañana hablaría con Isabel, que descansaba abrazada a su madre, sin saber que la acababan de condenar de por vida.

La niña de los cabellos de oro despierta al alba, baja de la cama al no encontrar el cuerpo de su madre y se dirige a la cocina, con la esperanza de poder desayunar un trozo de pan duro. No quedaba pan. Encima de la mesa pudo ver solo tres vasos. Le pareció extraño, ya que normalmente había muchos más. Su interior todavía conservaba restos de vino, por lo que habían tenido visitas. No tardó en llegar su madre, luciendo uno de sus viejos vestidos de encaje, los cuales llevaba años sin usar. Le daba un aire jovial a su aspecto, sin duda. Su mirada se encontró con la suya. Los ojos de su madre reflejaban que le estaba ocultando algo, un asunto que podría cambiar su vida drásticamente. Isabel no se encontraba sentada en una de las sillas de la cocina de su casa cuando su madre le comentó, agarrando sus manos con más fuerza de la necesaria, que acababa de reunirse con el primogénito de la familia Beltrán, internamente estaba muy alejada de ese lugar, aunque su cuerpo se encontrase allí. Lo conocía. Era bastante respetado en el pueblo, había quedado viudo recientemente ya que su esposa tuvo un parto complicado y trabajaba como fontanero. Se lo había encontrado innumerables veces en la cola de la pequeña tienda de ultramarinos del pueblo, la de las hermanas García. Le daba miedo mirarlo a los ojos. No le transmitía seguridad aquella mirada fría, sin la mínima nota de sentimientos. Casi le parecía un hombre vacío, le recordaba a la expresión que mantenía su padre las últimas semanas que pasó con vida hasta que la muerte lo arrastró con su velo fúnebre el ataúd de madera en el que lo habían enterrado. ¿Qué más podía decir ella? Todos estaban de acuerdo en el matrimonio. Se suponía que ella también estaba incluida dentro de las personas que habían aprobado la reunión. Había accedido cuando vio las lágrimas en las mejillas de su madre, que recorrían su rostro como si se tratasen de un río. Recordaba la lectura de uno de sus libros de poesía, en el que se comparaba la vida con un río, un río que siempre acaba en algún lugar, como la vida misma. Su propia vida había comenzado a acabar en esos instantes. No había marcha atrás. Pasaron algunas semanas hasta que se celebró la boda. Los días anteriores al evento, la joven Isabel probó el vestido de novia de su madre, que tenía aproximadamente dos décadas, y recibió lecciones sobre cocina y otros ámbitos que la formarían como esposa ejemplar. Aprender ya no se trataba sobre cuestiones matemáticas o históricas, sino que ahora debía aprender a prepararle la cena a su marido después de un duro día de trabajo y a como calmar los gases de los bebés. Seguía inmersa en un estado de abstracción absoluta. Ya nada importaba.

La mañana estaba despejada, no se divisaba una sola nube en el cielo y el sol resplandecía, iluminando el ramo de margaritas que sostenía la novia entre sus manos. Llegó al altar del brazo de su suegro, intentado contener las lágrimas. Normalmente las lágrimas que se aprecian en las bodas son lágrimas de dicha, de emoción por el momento, ya que los

novios compartirán una nueva vida juntos. Y era por esto mismo por lo que Isabel ocultaba sus lágrimas bajo el velo, porque sus lágrimas fluían gracias a ese pensamiento, al de compartir su vida con aquel hombre rudo en el que no quería, ni debía, confiar. Ahí estaba el sacerdote, que había visto morir a su padre y que había recomendado el matrimonio de la niña para salvar a su familia de la desgracia. Llegó el momento de decir los votos matrimoniales. ¿Qué iba a decir la niña al respecto? Sí, quiero. Sabía que si no pronunciaba esas exactas palabras, que la condenaban a muerte directamente, su familia caería en desgracia.

Al terminar la ceremonia, Isabel se dirigió durante un breve instante hacia las orillas del río. No debía volver a su hogar, pero en el fondo de su corazón necesitaba despedirse de aquel lugar al que había acudido tantas veces en busca de consuelo. Llegó a su hogar, mientras los rayos del sol y el sonido de la corriente la saludaban como de costumbre. Esta vez se fijó en algo extraño: había una niña a orillas del río. La pequeña de cabellos claros está sentada entre las margaritas, sin producir el más mínimo ruido.

Isabel no puede evitar romper a llorar en el momento en el que la niña se levanta, camina hacia ella y le entrega un regalo, que se quedará marcado en su memoria hasta el fin de sus días. Contempla las alas de un gorrión entre sus manos mientras las lágrimas le recorren el rostro. Levanta la mirada hacia el paisaje en búsqueda de la niña que le ha entregado las alas del gorrión, aquellas que ella tanto anhelaba y que jamás podría conseguir, pero la muchacha ya no estaba, ni volvería a verla jamás. Entonces lo entendió todo, y aquel ruido infernal volvió a resonar en sus oídos, al igual que en su mente perpetuó para siempre la imagen de un gorrión despojado de sus alas. El río había llegado al mar, mientras el gorrión sin alas se quedaba entre las margaritas.

CATEGORÍA C

SEGUNDO PREMIO: CAROLINA COSME ÁLVAREZ. IES RAMÓN ARECES. GRADO.

EL ALMA DE LAS MARIPOSAS

Infinitas eran las lunas que Alma había observado desde el alfeizar de su ventana e incontables eran los sueños que había tenido despierta mientras apreciaba la belleza de las inmensas edificaciones de Madrid.

Los 17 parecían un suspiro teniendo en cuenta lo rápido que la joven había sentido el curso de su aparente corta vida. El Barrio de Salamanca se había convertido en su hogar hacía ya 11 años, cuando sus padres dieron el paso por fin de salir de la miseria que rodeaba Palestina. Sus recuerdos acerca de aquel país eran borrosos, sentía un pesado velo esconderlos de su memoria. Quizá era su propia mente ocultándole las penurias que su niñez había presenciado.

Nayla apenas tenía 16 años cuando descubrió su inesperado embarazo. Sentía la esperanza burbujear en su interior por la idea de traer al mundo una pequeña vida, pero ¿cómo hacerlo debidamente dentro de aquel infierno? Su extensa familia vivía en la miseria. Su padre luchaba cada día por sacar adelante un hogar que se desmoronaba a medida que la luna seguía su curso. Su pobre madre intentaba darles a sus cinco hijos la mejor vida posible, incluso si ella debía sacrificar la suya por el camino. La joven Nayla no quería darles otra preocupación más a sus estresados padres, aunque sabía que se alegrarían por la noticia. Ello conllevaba casarla, colocarla en una familia que pudiese mantenerlas bien a ella y a su bebé. Inaceptable. Nayla no lo permitiría. Ella no quería casarse bien, su único anhelo era salir de aquella prisión a la que llamaban país.

Era testigo a diario de las atrocidades de las que era capaz el ser humano. Muerte constante, día y noche, millones de inocentes masacrados en las calles. Cómo iba a criar a su bebé en aquellas condiciones. Cómo dejar que presenciara todo aquello que ella daría la vida por olvidar.

Educar a un niño ante la ideología de la violación de todo aquello a lo que el mundo llamaba "Derechos Humanos". ¿Dónde estaban aquellos Derechos Humanos cuando su padre era obligado a combatir por un país que no le proporcionaba nada más que ruina? ¿Dónde estaban cuando las mujeres eran oprimidas, vulneradas, maltratadas y obligadas a esconder su esencia? ¿Dónde estaba entonces el "orden" que proporcionaban aquellos derechos a la sociedad, que la hacían más "civilizada"?

Daniel cumplió los 18 años combatiendo junto a su padre en territorio palestino. Llevaba cuatro años en aquel país a su lado, admirándole y soñando ser como él aparentaba ser: fuerte, valiente y decidido. Había dejado España con la ilusión de volver siendo una nueva versión de sí mismo, habiendo cumplido su sueño, enorgullecendo a su padre.

La luna brillaba en cuarto creciente una noche de abril cuando los caminos de Nayla y Daniel se entrelazaron. Él acababa su instrucción por aquel día, y ella acudía al

campamento de los soldados para proporcionarle medicinas a hermano mayor, herido en combate.

Daniel estaba de guardia cuando vio entrar a la joven con una bolsa repleta de pastillas y pomadas. Parecieron eternos los segundos que apreció su rostro, quedando completamente aturdido ante su inminente belleza. Se acercó a ella, se presentó y, cuando Nayla le explicó su situación, la guio hacia su hermano. Ninguno de los dos era consciente en aquel momento de que ese insignificante encuentro sería el comienzo de una historia de amor que nunca habrían imaginado vivir ni en sus mejores sueños.

Los dos jóvenes pasarían incontables horas uno al lado del otro, contando estrellas y soñando en voz alta. Nayla le contaría su potente deseo por salir del país y poder criar a su bebé a salvo, y Daniel, sin haberlo meditado mucho, le propondría ir a España juntos. Huir de aquellas constantes guerras y vivir en la calma que aquel pequeño ser humano que Nayla llevaba en su vientre necesitaba.

Daniel la amaba, no le había costado ni un mísero segundo saberlo. Se había ido enamorando instante a instante de ella, de su sonrisa y sus ojos negros. Y Nayla había caído rendida ante el cariño que él siempre le había brindado.

¿Era una idea tan disparatada? ¿Dejar aquella jaula que les retenía? ¿Dejar los conflictos, las muertes y las injusticias atrás? Construir una vida desde cero, juntos, apoyándose el uno en el otro, sosteniéndose cuando fuese necesario. Los dos lo tenían claro, lucharían. Daniel acabaría su formación junto a su padre y después, como se había prometido a sí mismo, volvería a su hogar, aunque no solo, sino con Nayla y su bebé junto a él. Puede que ese pequeño ser humano no le perteneciese biológicamente, pero se sentía tan conectado a él como si estuviesen unidos por una fuerza mucho más fuerte que la sangre.

1825 días tuvieron que pasar hasta que los amantes pudieron salir de Palestina. La pequeña bebé ya tenía nombre, Alma, e incluso caminaba y parloteaba cuando su madre la hacía reír. Daniel había necesitado quedarse como instructor jefe dada la grave lesión que había dejado en cama a su padre. Nayla crió a la pequeña Alma con el constante deseo de algún día salir de aquello.

Alma, un nombre que había propuesto el propio Daniel, porque sentía a la preciosa bebé como suya propia, tan cerca que le calentaba el corazón. Justo como Nayla describía su sentimiento cada vez que hablaba sobre la pequeña dentro de su vientre. Ambos le sentían tan a su lado que podían escuchar su suave voz y acariciar su delicado rostro. La tenían dentro de su alma, creciendo y haciendo que su amor aumentase al mismo tiempo. No existía nombre que la describiese mejor.

El primer recuerdo de la joven adolescente se remontaba a un avión, grande e imponente, alzándose ante sus ojos con un ruido ensordecedor. Su madre la cogió de la mano y la

guió escaleras arriba, hacia las puertas de lo que sería su nuevo hogar. Su padre la dejó especialmente para ella el sitio al lado de la ventana, para que fuese capaz de ver las inmensas tierras bajo aquel gran aeroplano.

Lo siguiente que creía recordar con nitidez fue su primer día en aquel gran colegio madrileño. Alma llevaba una mochila rosa chicle y su muñeca favorita en la mano cuando la profesora le dijo que se sentase en la terracita que había en el patio, y tomase su merienda. Mientras bebía el zumo que su madre le había metido en la mochila, un pequeño ser se posó delante de su almuerzo. Era verde esmeralda e innumerables motas negras cubrían sus alas. Aquel día, Alma aprendió lo que eran las mariposas. Y desde esa precisa mañana de febrero, no dejaría de verlas nunca más.

Por las mañanas en la ventana de su coche cuando iba al instituto, en el balcón de su habitación cuando salía a leer, en la repisa de su ventana cuando se asomaba por las noches a observar la luna... Para Alma, eran mucho más que animales. La habían acompañado a lo largo de toda su vida, de todos los colores y tipos, pero aquella esmeralda siempre aparecía en algún momento.

Tenía 15 años cuando, para una clase de Literatura, escribió un relato sobre ellas. Aquellos animales tan poco apreciados, solamente por su belleza exótica. Pasó una tarde entera reflexionando sobre ello sentada en su escritorio. ¿Qué pasaría si tuviesen alma? ¿Sentirían de la misma manera que ella sentía? ¿Lloraría las mismas lágrimas que corrían por sus mejillas?

Alma soñaba con viajar a Palestina, ver los orígenes que la habían visto nacer y dar sus primeros pasos. Pero cómo hacerlo después de haber tenido que huir por todo lo que rodea aquel territorio que un día fue su cuna.

La adolescencia le había hecho tener que escuchar una infinidad de conversaciones, entre las cuatro paredes de las aulas que la agobiaban cada mañana, sobre política, conflictos bélicos, ética, moral... todo aquello siendo objeto de risa para sus compañeros. Quienes no tuvieron que salir de su país natal con tan solo cinco años, ni vivieron en apartamentos de menos de treinta metros cuadrados mientras sus padres encontraban trabajo, ni tuvieron que cortar todo contacto con su familia materna porque no le perdonaban a su madre haber salido del país, ni escuchaban a diario las masacres que rodeaban las tierras que los vieron nacer.

Para Alma todo aquello era mucho más que lo que los profesores explicaban, mucho más que lo que su profesor de Valores Éticos explicaba sobre los Derechos Humanos que los protegían desde hacía siglos. Ellos se sentían protegidos, claro. Pero ¿y todas aquellas personas que vivían como su madre tuvo que vivir? Todos aquellos soldados que eran enviados a una muerte segura, todos los niños que ocupaban las decenas de orfanatos que poblaban las calles, todas las mujeres que callaban todo lo que querían gritar a pleno

pulmón. ¿Dónde estaban aquellos increíbles Derechos Humanos que los salvarían? No existían, no para quienes gobernaban. No para aquellos que ordenaban la destrucción de millones de vidas y se limpiaban las manos con la sangre de todos aquellos inocentes. No para el país del que Nayla y Daniel habían huido. No para todas las víctimas que tenían que continuar sobreviviendo como podían, presenciando la muerte de los suyos a diario.

Qué tendrían aquellos seres por alma. Qué habría hecho que sus corazones se helasen tanto como para no sentir una pizca de lástima por nadie. Qué tan infelices tendrían que ser. Qué tan poco sentimiento les rodeaba como para ver miles de vidas perecer ante sus ojos y darles la espalda.

Alma lo pensaba día tras día. Y, como había contado en su relato años atrás, estaba segura de que incluso las mariposas poseían un alma más pura que aquellos seres que debían llamarse hombres.

No tenía ninguna duda de que hasta un animal tan pequeño como lo eran las mariposas era capaz de sentir con más intensidad que aquellas personas. Seguramente tendrían la capacidad de sentir pena, de derramar lágrimas agridulces, de saber lo que era el remordimiento y la culpa, de tener la empatía que alguien ocasionaba una guerra jamás tendría.

Las alas que poseían les ayudarían a sobrevolar cada rincón del injusto mundo en que vivían y hacer de la miseria algo mejor. De cada guerra un lugar pacífico. De cada familia destruida un hogar reconstruido. De cada víctima un recuerdo honorable. Y de cada Derecho fundamental algo real, material.

Aquellos pequeños seres serían plenamente capaces de hacer que su profesor de Valores Éticos tuviese razón. Los Derechos Humanos los protegerían bajo sus alas esmeralda, Alma no había tenido nunca nada tan claro como aquello.

Todas las historias que Nayla le había contado habrían tenido un final feliz, sin dolor ni sangre por el camino. Las alas color esmeralda lo habrían podido hacer posible.

“Ojalá las mariposas y sus puras almas gobernasen y nos ahorrasen toda esta penuria que rodea el planeta”, pensaba alma mirando hacia el firmamento una noche más, con la luna como testigo.

CATEGORÍA C

TERCER PREMIO: CANDELA ESPINAR HERRERO. IES ASTURES. LUGONES.

Edita: Agencia Asturiana de Cooperacion al Desarrollo
Diseño: **Juaco Amado**
Imprenta: Truyol, S.A.





GOBIERNO DEL
PRINCIPADO DE ASTURIAS
CONSEJERÍA DE PRESIDENCIA

